

## La dignidad de Dios

1. Lo mismo que en lo que concierne a la verdad, la bondad y la hermosura, nos referimos aquí a un atributo del Ser divino (dignidad ontológica) y no a un comportamiento moral, aunque la dignidad ontológica sea el fundamento de la moral. Decimos que es digno o noble un ser en sí perfecto, que realiza su esencia de un modo perfecto, correspondiéndole, por consiguiente, reconocimiento interno y actitud de respeto externo (véase R. Egen-ter, *Das Edle und der Christ*, 1936).

2. A Dios le corresponden dignidad, nobleza y majestad de modo supremo e incondicional, puesto que posee por derecho propio un ser perfectísimo, absolutísimo y totalmente independiente; es decir, de una manera lo más perfecta posible. Es Yo personal que se posee a sí mismo con amor íntimo y conciencia clarísima, estando nosotros obligados a adoptar ante Él una actitud de reconocimiento y respeto incondicionales.

En primer lugar, Dios mismo abarca su ser con actitud de respeto supremo e inmutable. La norma de esta su propia actitud ante su ser la encuentra en sí mismo y no fuera de sí. Dios es su propia dignidad y, al mismo tiempo, la actitud que ante ella adopta. Las dos son una sola y misma realidad. Dios es, pues, dignidad y majestad personal, subsistente, poseyéndose y afirmándose a sí mismas. Si con el nombre de honor designamos la riqueza axiológica propia, su conocimiento y la disposición a obrar responsablemente en conformidad con ella, así como el reconocimiento de los valores propios por parte de los otros, entonces es Dios su propio honor; más aún: Dios es el honor en persona y subsistente.

3. La dignidad de Dios es intangible y sacrosanta, convirtiéndose así en santidad. Dios, que es su propia dignidad, no puede rebajarse, no puede renunciar a su honor, no puede comportarse vilmente, puesto que no puede dejar de ser.

4. Frente a las criaturas, la dignidad de Dios aparece bajo la forma de majestad, superioridad, dominio, gloria y poderío. Todo lo extradivino debe adoptar ante la santidad e intangibilidad de Dios la actitud de incondicional e inmutable veneración y sumisión, o sea, la actitud de respeto (amor respetuoso, respectivamente, temor amoroso) y adoración (Hello: «Sobre la tierra hay un solo problema, el problema de la adoración»). Cuando en la desobediencia y desprecio nos negamos a adoptar esta actitud, nos ponemos en oposición con la santidad y majestad sacrosantas de Dios («injuriar» a Dios; véase el tratado sobre la finalidad de la Creación).

Noulléau escribe lo siguiente en su obra *Geist des Christentums*: «Me acuso de no haber adorado nunca como debía; me acuso de que hasta desconocía la palabra adoración. Mientras que yo pensaba en muchos actos de piedad, no tenía en cuenta casi nunca la adoración. ¿Cuándo hubiera pensado en adorarte y hablado de ello?» Bremond escribe sobre este punto (*Das wesentliche Gebet*, 1936, págs. 114 y sigs.): «Nos referimos a una adoración que primordialmente, fervientemente, constantemente y, por decirlo así, de un modo divinísimo, se dirige hacia Dios, hacia su grandeza, infinitud, incomprendibilidad e intengibilidad.» (Véase el *Te Deum*.)

5. Como todo ser creado es una participación en la verdad-ser, bondad-ser y hermosura-ser de Dios, del mismo modo todo ser creado es también una participación en la nobleza, dignidad

y majestad de Dios. La medida de la dignidad creada corresponde a la medida del ser de cada criatura, a la mayor o menor semejanza con el Ser divino. El ser se encuentra en las personas de un modo más perfecto que en los seres impersonales, que son cualitativamente, y en virtud de su estructura interna, distintos de aquéllas. Por consiguiente, a las personas les corresponde mayor dignidad, honor y majestad que a los seres impersonales. Más aún: las personas poseen un núcleo íntimo e intangible, fundado en la idea y voluntad divinas, y una nobleza que se deriva de ese núcleo y que debe ser respetada tanto por cada una de las personas mismas como por los otros. Lo contrario sería rebajamiento y falta de respeto y consideración. Al mismo tiempo aparece con toda claridad que sólo en Dios podemos comprender, valorar y afirmar nuestra propia dignidad personal. La actitud de respeto y consideración ante Dios es el fundamento seguro del respeto que nos debemos a nosotros mismos (Goethe: «El respeto a sí mismo es el primero de los preceptos») y que debemos a los demás. El honor, entendido en sentido de valor interno y conciencia de tal valor, y en el sentido de respeto que nos deben los otros y de respeto al valor de los otros, se funda en el honor de Dios; es decir, en el Ser divino, perfecto, que se posee a sí mismo, y en la actitud que adoptamos ante Él. Nuestra mayor dignidad se deriva de nuestra unión graciosa sobrenatural con Dios. (Véase el Tratado sobre la Gracia.)

6. La Sagrada Escritura describe con frases rebosantes de vida la dignidad y majestad de Dios, su superioridad y poderío, y al mismo tiempo nuestra dependencia con respecto a Él... Véase, por ejemplo, *Iob.* 38, 1-42; 6; *Ps.* 29; *Ps.* 98; *Ps.* 104; *Eccl.* 43; *Is.* 45. Dios es el Señor absoluto y universal. «Señor es su nombre» (*Ex.* 15, 3). Se enseña la majestad de Dios sobre todo en los pasajes en que se dice de Él que es el Señor de todo lo creado (*I Tim.* 6, 15).

*Iob.* 1, 20: «¿Quién es ése que oscurece la Providencia con palabras vacías de saber? Cíñete, pues, como varón tus riñones, voy a preguntarte, y tú me instruirás. ¿Dónde estabas al fundar yo la tierra? Indícalo si tienes inteligencia. ¿Quién señaló sus dimensiones si lo sabes o extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué fueron asentados sus basamentos, o quién colocó su piedra angular sobre los cantos a cetro de las estrellas de la mañana y mientras clamaban los hijos de Elohim? ¿Quién encerró con puertas el mar, cuando barboteando salía del seno materno, cuando le puse una nube por vestido y un nubarrón por pañales? Luego le tracé mi lindero y pú-

## TEOLOGIA DOGMÁTICA

sele cerrojo y puertas. Y dije: "Hasta aquí llegarás y no continuarás; y aquí se romperá la soberbia de sus olas." ¿Has mandado, en tu vida a la mañana, enseñado a la aurora su lugar, para que coja los extremos de la tierra y sean sacudidos de ella los malvados? Vase cambiando como la arcilla de un sello y se presente como vestido. Entonces niégase a los malos su luz y el brazo levantado se quiebra. ¿Llegaste tú hasta las fuentes del mar y en el fondo del océano te paseaste? ¿Se te han mostrado las puertas de la muerte y las puertas de las sombras viste? ¿Has considerado las extensiones de la tierra? Indícalo si la conoces toda. ¿Por qué camino habita la luz? Y las tinieblas, ¿cuál es su sitio para que las conduzcas a su seno y les enseñes los senderos de su casa? »